



Presentador

MARCELINO OREJA AGUIRRE¹

Excelentísimo señor Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas, eminencia reverendísima, excelentísimo señor arzobispo de Burgos, señoras y señores. Creo que es la primera vez en mi vida que presentó a Jaime Mayor en un acto público. Me une a él, más allá de nuestra relación familiar, un grandísimo afecto, respeto y admiración por la coherencia de sus actuaciones a lo largo de tantos años de su vida pública y por su constante compromiso con los valores éticos y morales.

Recuerdo bien -él se recordará también- que el 20 de diciembre de 1973, cuando saltaba la noticia del asesinato del presidente del Gobierno, almirante Carrero Blanco, vino a casa, recién terminada su carrera de ingeniero, para decirme que estaba interesado en la política.

La verdad es que esto no es ninguna extravagancia en mi familia, puesto que tanto mi padre como sus dos hermanos, abuelo y tíos abuelos de Jaime, fueron diputados en el Congreso y, por consiguiente, la política estaba fuertemente arraigada en nuestra familia.

Mis contactos con Jaime a partir de entonces fueron muy frecuentes. En 1977, convocadas las primeras elecciones democráticas, decidió presentarse por la provincia de Guipúzcoa. No necesito decir lo que era entonces la situación en el País Vasco. La organización terrorista ETA estaba en plena ebullición y era un peligro grave para cualquier candidato, sobre todo, en el espacio político de centro derecha, participar en unas elecciones.

La mayor dificultad que tuvo Jaime fue componer una lista, porque nadie quería sumarse a ella, por temor a exponerse a consecuencias que ello podría llevar consigo.

Sin embargo, con la tenacidad propia suya, que es propia, yo creo, de los vascos, entre otras virtudes, aunque también tenemos serios defectos, él persistió y organizó casi de forma clandestina, porque no había otra forma de hacerlo, encuentros con quienes querían acercarse para escucharle.

¹ Transcrito por audición.

Y aunque no fue elegido en aquella elección, sin embargo, su nombre comenzó a sonar como una indiscutible promesa de liderazgo político.

Más adelante, en las siguientes elecciones, sería elegido diputado por la provincia de Guipúzcoa, donde desarrolló una constante actividad en el Congreso en defensa de los intereses generales y también, derecho diferencial vasco, dentro de la unidad de España. Fue en aquel momento una referencia indiscutible, junto con un pequeño grupo de personas que trabajaban a su lado en las tres provincias vascas.

Pasado el tiempo y con José María Aznar como presidente del Gobierno, fue nombrado ministro del Interior, donde realizó también una excelente labor, en especial en la lucha contra el terrorismo. Allí donde estuvo, mantuvo siempre la firmeza de sus principios y sus convicciones.

Antes de ocupar la cartera ministerial tuvo ya experiencias al ser nombrado delegado del Gobierno en el País Vasco, y, en los ámbitos provincial, municipal y europeo, fue un diputado muy activo en el Parlamento de Estrasburgo, a continuación.

Pero si algo debemos destacar en él fue su valentía en la época más difícil del País Vasco. Estuvo constantemente en el punto de mira de ETA y vio desaparecer de forma dramática a tantos amigos y compañeros, y experimentó la intimidación y el terror de vivir cada día vigilado.

A él le correspondió también la operación que condujo a la liberación de Ortega Lara, gracias al soplo de un confidente. Y, bueno es recordar, cómo vio con claridad el alcance de aquella supuesta tregua de ETA en 1998.

Recuerdo también la gran admiración que sentía por él Adolfo Suárez, que dijo que Jaime era de los políticos que veían en el ejercicio de su función, un alto y noble servicio al pueblo, que es, en definitiva, quien otorga la representación que ostentan, diciendo expresamente, que había pocos de la categoría, el rigor y la cohesión de Jaime.

Últimamente, al abandonar la vida pública sigue siendo enormemente activo y a él se debe la creación de la Fundación Valores y Sociedad, integrada por un grupo de políticos, profesores, periodistas, representantes de asociaciones y organizaciones de la sociedad civil, que se han reunido de modo periódico, impulsados por un diagnóstico compartido ante la crisis de valores, de conciencias, de actitudes personales que consideran que es la causa primaria de la crisis que sufrimos.

El objetivo de esa fundación es favorecer un proceso de regeneración colectiva, asentado en un cambio de actitud personal como elemento clave para hacer frente a los tiempos nuevos que estamos viviendo.

Últimamente es uno de los protagonistas de One of Us, una organización que persigue el reconocimiento incondicional de la dignidad humana, el desarrollo de una cultura de la vida en Europa, a través de actividades que implican la defensa de la vida humana, la promoción del reconocimiento de la dignidad del embrión humano en cada etapa de su desarrollo.

En One of Us pretenden contribuir a la recuperación de la moral positiva europea a través del restablecimiento de sus principios y valores fundamentales.

Voy a concluir así este breve apunte sobre Jaime Mayor, que celebro mucho que se encuentre hoy aquí entre nosotros para dar testimonio de sus ideas y principios. Pero antes de terminar, permítanme, puesto que he hablado de nuestra familia, que concluya con una historia que nos afecta mucho. Y es que unos días, en el mes de septiembre del año 1934, mi padre quería hacer un regalo a Gil-Robles, que era muy amigo suyo, y encontró, en una tienda en Bilbao, un crucifijo de bronce para poner encima de la mesa. Y él hizo inscribir algo que no aparecía en el original y es un versículo de San Lucas, que dice “pero vosotros amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad, sin esperanza a recibir nada por ello. Será grande vuestra recompensa y seréis hijos del altísimo, porque él es bueno para los ingratos y malos”.

Pues bien, eso se lo envió a Gil-Robles e hizo dos copias, una para su hermano mayor, que era el abuelo de Jaime y otro para Gil-Robles. Sin embargo, eso cuando llegó estaba, fue un momento en el que se lo envió a Gil-Robles a su casa, que era en la calle Velázquez, en el número tres. Quedó allí perdido en el suelo porque fueron, levantaron unas personas que habían ido allí, destruyeron parte del piso y cuando volvió Gil-Robles, unas semanas después, encontró un paquete en el suelo, lo abrió y se encontró con ese crucifijo, y con esa inscripción. A mi padre le habían asesinado el 5 de octubre de 1934.

Esto es algo que nos une muy estrechamente y he querido ponerlo de manifiesto aquí, no lo había pensado decir, pero a la vista de las circunstancias, me parecía que era oportuno recordarlo.

Y, agradezco mucho la oportunidad de haber podido hacer esta presentación a una persona porque, como he dicho antes, le tengo un grandísimo afecto desde siempre, que va más allá de nuestra relación familiar y una gran admiración.

Y, agradezco mucho especialmente también al presidente de la asociación por la organización, nuevamente, en este acto magnífico. Muchas gracias.